

Santiago Calzada posa «ilusionado» después del trasplante de riñón.

FÉLIX MORQUECHO



El cambio de calendario propicia siempre echar la vista atrás y hacer balance. La entrada del nuevo año deja atrás un 2021 marcado por el azote feroz del coronavirus y que mucha gente deseará borrar pronto de sus mentes. Pero para los protagonistas de este reportaje ha sido un año de vaivenes aunque con extraordinarios finales felices. Ellos ya tienen su mejor regalo en este día de Reyes.

Sandra y Fabio Carballo

Irun

«2021 ha sido el mejor año de mi vida con la llegada de Enzo»

Sandra disfruta hoy del mejor regalo que podía tener. Hace apenas dos meses nació su primer retoño, Enzo, engendrado en plena cuarta ola de la pandemia. «2021 ha sido el mejor año de mi vida», asegura sin dudar esta irundarra. «Me enteré en marzo de que iba a ser ama y me he pasado casi todo el año embarazada, pero ha ido todo muy bien, así que por ahora es el mejor año que he tenido». Sin embargo, gestar a un bebé en medio de una crisis sanitaria le llenó de temores en alguna que otra ocasión.

«Las buenas noticias» son nuestro regalo

Pese a la pandemia. El segundo año de crisis sanitaria trastocó las vidas de los guipuzcoanos Sandra, Santiago, Arantzazu y Lide, pero también les trajo el mejor regalo que hoy celebran

PATRICIA RODRÍGUEZ /
AITOR ANSA

«El miedo ese que tiene todo el mundo a contagiarse está ahí y cuando estás embarazada lo tienes un poco más presente todavía», reconoce esta andereño de Secundaria que no dejó de trabajar hasta casi el comienzo del nuevo curso.

Los 'qué me dices' también han sido constantes en su entorno desde que Sandra y Fabio Carballo, su pareja, dieron a conocer la buena nueva. «Había mucha gente que nos decía que cómo se nos ocurría tener un niño ahora con la que estaba cayendo», admite. A lo que ambos siempre contestaban: «nunca va a ser el momento perfecto, así que hay que hacerlo cuando se tiene ganas y se puede». La campaña de vacunación también volvió a llenar de «incertidumbre» a la pareja. Inocularse o no con un bebé en camino era una decisión que sumió a Sandra en un mar de dudas aunque intentaron en todo momento llevarlo «con positividad, no quedaba otra». La pareja, que reside en un pueblo del Baztán desde que se conocieron hace tres años, disfruta de un comienzo de año con el deseo de que este 2022 sea, por lo menos, igual de prós-

pero que el que acaba de finalizar. «Seguro que será un poco mejor porque ya tenemos a Enzo con nosotros», relatan estos padres primerizos.

Santiago Calzada
Legazpi

«La llamada para un nuevo riñón fue espectacular»

Santiago Calzada era un buen candidato para entrar en la lista de trasplantes renales pero se contagió por Covid en marzo de 2020 y el virus le destrozó lo que le quedaba de riñones. Aquel episodio desencadenó una serie de acontecimientos que empañaron los meses posteriores. «Entré en 2021 fuera de la lista de espera por los ataques epilépticos que quedaron como secuelas del coronavirus y yendo tres veces por semana diálisis. Estaba bastante desanimado», resume este vecino de Legazpi, de 58 años. Pero una llamada de teléfono a principios de septiembre dio un vuelco a su vida. «Nos llamaron al número de casa y mi mujer, pensando que sería algún timo, colgó. Cinco minutos después me llamaron al móvil», cuenta este hombre, que reproduce la con-



Lide Álvarez y su familia abrazan emocionados a Katia, que ha podido volver gracias a Chernóbil Elkartea. **ARIZMENDI**



Arantzazu Idigoras ha superado un cáncer de mama. Señala el lazo rosa de esta lucha.



Los primerizos Sandra y Fabio posan con el pequeño Enzo el día que nació.

versación como si fuera ayer. «Me dijeron: 'Le llamamos del Servicio de Trasplantes (...) Coja su coche y venga directamente a Cruces. No llame a una ambulancia porque no podemos perder tiempo. Esto tiene que hacerse ya'».

El 12 de septiembre entró en quirófano y salió a las horas con un nuevo riñón. «Fue espectacular», resume entusiasmado. «Empecé el año muy decaído y el final ha sido increíble. Me hacen el trasplante, se casa una de mis hijas y otra consigue trabajo. Estoy muy ilusionado y agradecido a toda mi familia y amigos».

Santiago mantiene sus controles médicos pero a menudo se le olvida que funciona con un único riñón. Solo cuando coge el teclado del ordenador para programar un temblor en la mano iz-

quierda a consecuencia de la medicación le recuerda que la «travesía», que comenzó hace 10 años con la primera detección, «ha sido larga y dolorosa». Una glomerulonefritis que acabó en una insuficiencia renal. «Fue un palo gordo. Me vine un poco abajo», recuerda. «Cuando me contagié de Covid, allá por marzo, de los primeros, estuve ingresado cuatro semanas, cogí varias infecciones y una meningitis vírica. Fue todo un despropósito. El virus me chafó todo el invento y me quedé hecho polvo».

Como secuelas de la enfermedad «me quedó una epilepsia que me sacó de la lista de espera para un trasplante. La idea era implantar un catéter para hacerme diálisis en casa pero durante la operación me atravesaron el intesti-

no y casi me mandan al otro barrio. Así empecé 2021...», resume sin dramas este legazpiarra, que tuvo que bajar el pistón —«gerenciaba una empresa en Beasain y llevaba un ritmo de vida trepidante—, y acostumbrarse a pasar «horas enchufado a una máquina». Pero este hombre prefiere hacer borrón y cuenta nueva. «¿Mi deseo para 2022? Que me quede como estoy, no pido más. Que me quede».

Arantzazu Idigoras
Eskoriatza

«Ya no tengo cáncer y no voy a necesitar radioterapia»

«Ya no tengo cáncer». Arantzazu Idigoras «necesita» pronunciar estas palabras en alto «para borrar aquel día» en el que se plan-

tó delante de su familia y tuvo que decirles que tenía un tumor maligno en el pecho. Fue en mayo de 2021 cuando, tras detectarse un bulto, llegó el peor de los diagnósticos. «Lo que vino después fue horroroso. Para mí fue el periodo más duro porque lo que te están mirando es el alcance del cáncer, si tienes metástasis o no. Te hacen mil pruebas y pasas por miles de máquinas», resume esta mujer de Eskoriatza, de 49 años y madre de dos hijos. «Al final hubo que abrir y quitar. Fue el 1 de julio. Pero el cáncer seguía ahí así que me dijeron: 'O abrimos de nuevo y quitamos un poco más o quitamos todo el pecho'. Y al final, después de hablar con la asociación Katxalin y personas que habían pasado por esto y después de mucho 'shock' y mucha llorera, opté por que me hicieran una mastectomía con reconstrucción».

Tres meses después de que Arantzazu iniciara aquel calvario entre pruebas y pasillos de hospital llegaron las buenas noticias. La operación resultó un éxito: no había rastro del cáncer y tampoco necesitaría quimioterapia ni radioterapia. «Así que de nuevo me pegué la llorera, pero esta vez de alegría», cuenta Arantzazu, que resume 2021 «como una noria, con momentos arriba y abajo».

Lide Álvarez
Donostia

«Se fue una niña de 11 años y ha venido una señorita de 14»

Han pasado dos «largos» años hasta que la familia de Lide Álvarez ha podido acoger de nuevo a Katia, una de las 45 menores de Chernóbil que están pasando estas fechas navideñas en Gipuzkoa. Desde 2019 los niños y niñas de Ucrania no habían podido venir a Euskadi para su es-

tancia con familias de la Asociación Chernóbil Elkartea a causa del coronavirus, por lo que el reencuentro de la pequeña con sus parientes guipuzcoanos fue «super emocionante» el pasado 20 de diciembre. «Teníamos mogoollón de ganas de verla», relata entusiasmada Lide, «porque después de tanto tiempo, para nosotros es una más de la familia». La pequeña lleva siete años viniendo al territorio y durante ese tiempo, a excepción del parón de 2020, la familia ha podido ver de primera mano su crecimiento. «La última vez se fue una niña de 11 años y ahora ha venido una señorita de 14. Ha crecido una barbaridad, casi ni la reconocemos», bromea.

El encuentro fue aún más conmovedor con Jare, la hija biológica de Lide y su marido Dani. Apenas tenía año y medio la última vez que vio a Katia. «Se abrazaron y fue muy gracioso porque Jare se quedó muda. Ella no le recordaba, pero le agarró de la mano y no se soltó», relata.

La madre confiesa que la menor ucraniana «se lo pasa bomba» durante estos días en la capital guipuzcoana. «No hacemos nada excepcional, pero desde ver una cabalgata de Reyes o bañarte en la playa... Son cosas que para nada son excepcionales, pero que allí no pueden hacer», expone. En este 'impasse' de dos años, esta familia donostiarra no ha perdido el contacto con su niña de acogida, que reside en la ciudad ucraniana de Dytiatky, a escasos 23 kilómetros del epicentro del desastre nuclear en 1986. El momento «duro» llegará el próximo día 19, cuando esta familia guipuzcoana se tenga que despedir de Katia. «Estás triste porque la echas de menos pero piensas que se lo ha pasado bien, ha respirado aire puro y que vuelve a su casa».